



DISCURSO DEL SEÑOR GENERAL DE DIVISION
JUAN VELASCO ALVARADO, PRESIDENTE DE LA
REPUBLICA, EN LA SESION INAUGURAL DE LA
II REUNION MINISTERIAL DEL GRUPO DE LOS 77.

28 DE OCTUBRE DE 1971.



DISCURSO DEL SEÑOR GENERAL DE DIVISION JUAN VELASCO ALVARADO, PRESIDENTE DE LA REPUBLICA, EN LA SESION INAUGURAL DE LA II REUNION MINISTERIAL DEL GRUPO DE LOS 77.

DISCURSO DEL SEÑOR GENERAL DE DIVISION JUAN VELASCO ALVARADO, PRESIDENTE DE LA REPUBLICA, EN LA SESION INAUGURAL DE LA II REUNION MINISTERIAL DEL GRUPO DE LOS 77.

28 DE OCTUBRE DE 1971.

Señores Ministros de Estado,

Señores Jefes de Misiones Diplomáticas,

Señor Secretario General de la Conferencia de Naciones Unidas Sobre Comercio y Desarrollo,

Señores Delegados,

Señoras y señores:

Por vez primera los pueblos del Tercer Mundo se reúnen en suelo latinoamericano. Vienen a nuestro Continente es un instante crucial de nuestra historia, cuando se advierte por doquier la emergencia de fuerzas sociales poderosas que obedecen a un largo desenvolvimiento histórico. Somos naciones de una antigua tradición enriquecida a lo largo de siglos. Pero también naciones que a lo largo de siglos han ido acumulando fundamentalmente problemas irresueltos. De ellos nacen las grandes demandas de cambio que hoy en día...

**DISCURSO DEL SEÑOR GENERAL DE DIVISION
JUAN VELASCO ALVARADO, PRESIDENTE
DE LA REPUBLICA, EN LA SESION INAUGURAL
DE LA II REUNION MINISTERIAL DEL GRUPO
DE LOS 77.**

Señor Presidente de la Asamblea General de las Naciones Unidas,

Señor Presidente de la II Reunión Ministerial del Grupo de los 77,

Señores Ministros de Estado,

Señores Jefes de Misiones Diplomáticas,

Señor Secretario General de la Conferencia de Naciones Unidas Sobre Comercio y Desarrollo,

Señores Delegados,

Señoras y señores:

Por vez primera los pueblos del Tercer Mundo se reúnen en suelo latinoamericano. Vienen a nuestro Continente en un instante crucial de nuestra historia, cuando se advierte por doquier la emergencia de fuerzas sociales poderosas que obedecen a un largo desenvolvimiento histórico. Somos naciones de una antigua tradición enriquecida a lo largo de siglos. Pero también naciones que a lo largo de siglos han ido acumulando fundamentales problemas irresueltos. De ellos parten las hondas corrientes de cambio que hoy empiezan a brotar con fuerza incontrastable.

América Latina ya inició la marcha sin retorno de una transformación profunda que nadie podrá frustrar por mucho tiempo, porque responde a las necesidades, anhelos e ideales de millones de seres humanos. Y ustedes llegan precisamente al Perú, escenario donde se desenvuelve una genuina revolución social latinoamericana. En nombre de esa revolución, de quienes la conducen y de quienes la forjan día a día, les doy la bienvenida y les entrego el saludo del Perú que ve en ustedes a los representantes de otros pueblos hermanos.

Somos conscientes del hondo nexo histórico que une nuestro destino al destino de los demás países de América Latina y también al destino de otros pueblos que, allende los océanos, son, como el nuestro, parte del Tercer Mundo; de esa vasta constelación de países que emergen hoy al plano frontal de la realidad contemporánea para reclamar vigorosamente la cancelación definitiva de un orden internacional injusto y discriminatorio que a todos nos afecta adversamente.

Somos también conscientes del sentido radicalmente nuevo del momento que hoy vive la humanidad. Esta es mucho más que una expresión retórica. Es una comprobable descripción de la realidad. Porque todos deberíamos comprender que el viejo sistema de dominación internacional tiene que ser abandonado. Las categorías que en el pasado sirvieron para expresar la realidad política del mundo tienen que ser redefinidas. Los conceptos de paz, seguridad, "ayuda" y cooperación internacional deben ser, entre otros, profundamente revisados. Y en el sentido más hondo de la expresión, el orden moral que sirvió de sustento a las relaciones internacionales del pasado, tiene que ser alterado también de modo sustantivo.

La imposibilidad virtual de dirimir profundas diferencias por la vía de los enfrentamientos bélicos masivos, obliga a repensar todos los planteamientos clásicos de la conducta internacional de las grandes potencias. Y esto altera de modo fundamental la perspectiva que antes sirvió para enfocar los problemas internacionales. Porque implica aceptar una considerable reducción de las posibilidades efectivas que las grandes potencias tienen hoy para actuar en las áreas frontales de conflicto; y, consecuentemente, reconocer el desplazamiento de ámbitos neurálgicos de decisión real hacia las zonas del mundo hasta ayer consideradas periféricas.

Esto otorga a los pueblos que habitan las áreas "marginales" de conflicto, una posible dimensión de poder hasta ayer virtualmente desconocida. Pero ella sólo podría tornarse operativa en la medida en que esos pueblos fueran capaces de comprender la potencial gravitación política que ahora poseen y el pre-requisito de acción unificada que demanda. Tal situación sugiere la necesidad de ponderar hasta qué punto podría resultar imperativa una profunda redefinición de las relaciones de poder político real en el mundo de hoy. En efecto, las grandes potencias económicas y militares deben reconocer en la actualidad muy importantes limitaciones a su ejercicio efectivo del poder, cerca y lejos de sus fronteras. Y esto inevitablemente significa un correlativo aumento del poder real de países que hasta hace poco tiempo fueron considerados piezas menores en la estrategia global de las naciones poderosas.

Desde una perspectiva como la nuestra, el futuro de los pueblos del Tercer Mundo no se aprecia en la forma excesivamente sombría que trasunta la simple enumeración de los datos que muestran las desequilibradas e injustas relaciones entre países pobres y países desarrollados. Un enfoque esencialmente político, abarcador de todos los factores que constituyen la compleja trama de las relaciones internacionales, permite trazar un cuadro diferente y optimista.

No es el Tercer Mundo un conjunto de pueblos irremediablemente perdidos y a merced de los países poderosos. En un sentido fundamental, aunque a veces desapercibido para muchos, de nosotros depende en gran medida el destino final y verdadero de las naciones que hoy tienen, a nuestro juicio en forma transitoria, un papel dominante en el mundo.

Independientemente de cualquier otra consideración, el futuro del mundo en gran medida depende de quienes somos ya mayoría de la humanidad. No es cierto que las naciones de alto desarrollo industrial nos muestren el camino de nuestro porvenir, ni que prefiguren en su realidad de hoy lo que necesariamente habrá de ser nuestra futura realidad. Lo importante, lo verdaderamente decisivo, era que emprendiésemos el camino de nuestra liberación. Ya lo hemos empezado. De nosotros —no de otros— dependerá en lo fundamental lo que tenga que ser nuestra historia del futuro. Por eso, debemos abandonar radicalmente todas las formas de obsecuencia y subordinación

ante los pueblos y gobiernos que antes ejercieron el control indisputado del mundo. No debemos hablar mediatizadamente. Debemos hacerlo sin arrogancia, pero con firmeza, seguros de que estamos defendiendo un derecho y una razón que no son dádiva de nadie y que nos pertenecen en la medida en que somos y nos sentimos hombres libres y en la medida en que somos y nos sentimos naciones soberanas.

El propio sentido de la historia se orienta hacia la creciente liberación de los hombres y los pueblos. Las posibilidades de conquistar una auténtica libertad son hoy mucho mayores de lo que nunca fueron en el pasado. Por eso, asumamos la total responsabilidad de llegar a ser plenamente libres. Nuestras miserias y nuestras injusticias son también obra de nosotros mismos. Y poco adelantamos al pretender que otros sean responsables absolutos de que existan. Atribuir a los demás paternidad completa de todo lo que a nosotros nos ocurre es, en el fondo, aceptar una inferioridad que realmente no existe ni jamás ha existido. Sufrir dominación por parte de los poderosos nunca ha significado en la historia del mundo demostración de superioridad intrínseca de hombres ni de pueblos. Los dominadores de hoy fueron ayer con frecuencia dominados.

Pero el propio concepto de dominación —y no sólo en su sentido clásico— puede muy bien ser visto como un concepto, en esencia, anacrónico en un mundo que se acerca a la frontera de una nueva época. Cuando la inteligencia creadora del hombre descubre las rutas de otros mundos y abre los anchurosos horizontes de hasta ayer impensados hallazgos en todos los dominios de la ciencia, surge en la médula más radical de un pensamiento de veras contemporaneizado, la interrogante que profundamente cuestiona la supuesta inevitabilidad del dominio de unos pueblos sobre otros.

Sabemos muy bien la dura realidad de la dominación imperialista que en diferentes grados afecta a todas las naciones del Tercer Mundo. Y sabemos también todo el significado del Neo-colonialismo contemporáneo. De hecho la acción revolucionaria de nuestros pueblos tiene como una de sus finalidades esenciales luchar contra todas las formas de dominio extranjero. Pero nada de esto nos debe conducir a ignorar la posibilidad real de que un nuevo pensamiento rector de las relaciones internacionales insurja como resultado de los cambios profundos que hoy

vive la humanidad en todos los planos de su existencia. Las etapas históricas que entrañan —como la nuestra— ruptura cualitativa del devenir del hombre, gestan su propio universo normativo y edifican una nueva teleología social. Por eso, en puridad no habría razón alguna para suponer que un nuevo pensamiento y una nueva valorativa integral tendrían, necesariamente, que ser similares a sus equivalentes del pasado.

Si todos fuésemos capaces de desterrar los dogmas y de mirar al mundo y a la vida sin prejuicios, comprenderíamos que no hay nada ilusorio en pensar de este modo. Alguno de los grandes idealismos del pasado y algunas de sus más deslumbrantes utopías constituyen ahora expresión de un realismo cuyo respeto es vital para la continuidad de la civilización y, acaso, de la especie humana. Ilusorio, por eso, podría ser pensar que los principios sobre los cuales se construyó todo el sistema tradicional de relaciones internacionales, puedan mantenerse intocados en medio de las hondas alteraciones que han transformado al mundo en las últimas décadas y que probablemente continuarán transformándolo en el porvenir.

La estructura política internacional se encuentra en proceso de recomposición. Nuevos y vigorosos centros de poder han puesto fin a la bipolaridad surgida de la guerra y contribuyen de modo decisivo a reconstituir la realidad del mundo contemporáneo. El pluralismo político que determinan esas nuevas áreas de poder de verdadero alcance mundial, obliga a replantear la perspectiva de análisis que imperó hasta hace pocos años. Hoy se trata de actualizar una visión del mundo que con fidelidad refleje su dinámica realidad del presente.

Frente a esa realidad, las normas y valores de política internacional basadas en el reconocimiento de una bipolaridad que ya no existe, tienen necesariamente que ser sustituidos por otros que reflejen la significación de aquel emergente pluralismo de centros de poder que en mucho caracteriza la escena internacional de nuestros días.

En este momento transicional de la humanidad y ante el conflicto profundo que entraba las relaciones de las grandes potencias que compiten por ampliar sus áreas de dominación y de influencia, los pueblos del Tercer Mundo tenemos un camino y un designio fundamentalmente co-

munes. Sin embargo, la propia expresión Tercer Mundo no designa, en rigor, una realidad y una alternativa de carácter político frente a las áreas de ordenación capitalista y comunista que, por así decirlo, encarnaron la dualidad de poder que emergió de la última conflagración mundial. Esa expresión designa fundamentalmente una situación económico-social dinámica y heterogénea, definida en relación a los países que, independientemente de su signo ideológico, han alcanzado altos niveles de desarrollo industrial. El Tercer Mundo es, por tanto, en esencia, el sector de pueblos subdesarrollados del planeta.

Sin embargo, el Tercer Mundo es también, aparte de esto, un estado de conciencia que gradualmente a todos nos hace comprender que nuestros pueblos tienen una fundamental problemática común frente a las naciones de alto desarrollo. Mas así como el mundo desarrollado incorpora en su seno distintas realidades políticas y muestra disímiles orientaciones ideológicas, el Tercer Mundo engloba dentro de sí diversos ordenamientos socio-políticos que responden a ideologías diferentes.

El Tercer Mundo presenta, de este modo, acusada disparidad de tendencias y situaciones políticas basadas en una problemática socio-económica esencialmente similar. Pero sobre la base de esa fundamental similitud se dan entre nosotros, además, diferentes intensidades de subdesarrollo. En consecuencia, a la heterogeneidad de sistemas políticos y de orientaciones ideológicas, es preciso añadir esta otra derivada de la distinta intensidad del subdesarrollo en nuestros pueblos. Ello no obstante, la generalización de peculiaridades distintivas no impide definir el perfil de un decisivo denominador común que a todos nos acerca.

Situaciones de sentido comparable también se dan, sin embargo, en los países industrializados. En efecto, esos países tampoco constituyen una realidad totalmente homogénea. Hay niveles diferenciales de desarrollo industrial y tecnológico y hay, como he señalado anteriormente, diversidad de situaciones político-ideológicas en las naciones de alto desarrollo. Más aún, algunos de sus más importantes sectores sociales comprenden la problemática fundamental de nuestros pueblos y, en cierta forma, se identifican con la causa nacionalista y revolucionaria del Tercer Mundo contra el subdesarrollo y la dominación imperialista.

Lejos, por eso, de ignorar nuestras diferencias y nuestra diversidad, debemos reconocerlas. Los fundamentos y las razones de la esencial comunidad del Tercer Mundo son más fuertes que sus diferencias y su diversidad. Pero sólo seremos capaces de unirnos de manera efectiva reconociendo que somos distintos y teniendo conciencia de que, únicamente a partir de la realización de nuestra auténtica unidad podremos solucionar los complejos problemas que plantea nuestra relación con el mundo desarrollado. En consecuencia, sólo el doble reconocimiento de su visible heterogeneidad política y de su fundamental similitud de realidad económica, puede proporcionar al Tercer Mundo un punto de partida para estructurar una posición coherente y común.

En un sentido capital, lo anterior implica que nuestras diferencias no deben desunirnos, porque sólo la unión puede, en verdad, salvarnos. En la medida en que permanecemos virtualmente atomizados e incapaces de vertebrar una acción de conjunto, seremos igualmente incapaces de superar con éxito los conflictos y presiones inevitables en toda relación entre pueblos empobrecidos y naciones de un cada vez mayor poderío económico, tecnológico, militar y político. La heterogeneidad de orientaciones ideológicas que hoy se perciben en el Tercer Mundo, probablemente tenderá a disminuir de modo radical a medida que todos comprendamos con mayor lucidez la gravitación incontrastable de las realidades económicas concretas que nos separan de los países de alto desarrollo industrial.

Diferentes y conflictivas realidades económicas, generan diferentes y conflictivos intereses. Y así como dispares situaciones frente a la economía generan intereses contrapuestos y relaciones de inevitable conflicto entre grupos y clases sociales, algo fundamentalmente similar ocurre en el plano de las relaciones internacionales. La posibilidad real de que pueblos con intereses económicos divergentes compartan permanentemente posiciones comunes es, en el último de todos los análisis, muy limitada. Porque los intereses que surgen de situaciones económicas de clara divergencia tienden inexorablemente a determinar posiciones distintas que tarde o temprano tendrán que ser reconocidas. Aquí está el germen de la profunda unidad que los pueblos del Tercer Mundo debemos alcanzar. El común denominador de carácter ideológico y político que en gran medida hoy no tenemos, podría surgir en base a la concien-

cia de esa honda comunidad de realidades e intereses económicos concretos que deben fundamentar nuestra unión.

En un mundo crecientemente inter-relacionado, los países subdesarrollados son también países dependientes. Y aunque no lo son en idéntica medida, todas nuestras naciones acusan el impacto de la penetración imperialista. La dependencia como el subdesarrollo, es un fenómeno pluri-dimensional. Se origina en la economía, pero de allí se proyecta sobre toda la vida de nuestras sociedades. Por eso reconoce fundamentales dimensiones políticas, culturales e ideológicas. Y por eso, la lucha antiimperialista, que es lucha contra la dependencia, no puede circunscribirse a una parcial, aunque decisiva dimensión económica, sino que tiene que librarse también en los campos de la política, la ideología y la cultura.

Si no comprendemos la radical divergencia de realidades y de intereses que nos separan de las grandes potencias dominantes; si no somos capaces de entender que para actuar con real independencia debemos pensar con plena autonomía; y si no percibimos que todo esto supone una forma enteramente nueva y propia de conceptualización política y de direccionalidad valorativa, entonces tarde o temprano habremos de encarar la cruda certidumbre del fracaso.

Deberemos entonces admitir que no supimos interpretar el mensaje de la historia y que, puestos en el umbral de una nueva época, no tuvimos la sabiduría de hacer inteligible nuestro rumbo y de trazar con seguridad nuestro camino. En tal caso, seremos abierta o disfrazadamente vasallos de otros pueblos, repetidores de fórmulas foráneas, seguidores de rutas que no son las nuestras y, en fin, naciones que no han sabido edificar su propia vida y elevarse al plano de eminente conciencia histórica adonde sólo arriban los pueblos que hacen su destino y construyen su mundo.

Implícito en todo lo anterior se halla el fundamento definicional del proceso revolucionario del Perú. Gestado en el alejamiento de todos los sistemas político-ideológicos que formaron el acervo revolucionario peruano y latinoamericano, nuestro proceso, que dialécticamente surge de esa tradición y al propio tiempo la recusa, reinterpreta la realidad político-social de nuestro pueblo, reformula su problemática esencial y propone para el Perú un nuevo

enrumbamiento, hacia formas aún inéditas de organización económico - social.

La raíz estructural de los grandes problemas que afectan a la sociedad peruana, al igual que a otras sociedades de equiparable situación, surge en final análisis de su doble e interrelacionada condición de sociedad subdesarrollada y sujeta a la dominación imperialista. De hecho, todos los problemas que tradicionalmente ha confrontado el pueblo peruano dimanar de esa doble condición. No existe, por tanto, posibilidad de resolver ninguno de nuestros problemas capitales sin encarar las cruciales cuestiones de la dependencia y el subdesarrollo.

Ambos fenómenos son inseparables, multidimensionales, históricamente determinados. Ello significa que no pueden ser encarados en aislamiento, ni concebidos unidimensionalmente, ni vistos a través de enfoques que desconozcan la profunda singularidad surgida de una privativa determinación histórica. De esto se desprende que los problemas concretos generados por la doble situación estructural antes aludida, no pueden ser con éxito resueltos sino de acuerdo a una perspectiva que explícitamente reconozca la necesidad de concebir el desarrollo como un proceso revolucionario orientado a transformar los fundamentos estructurales de nuestra sociedad.

Esta concepción difiere profundamente de aquella otra para la cual el desarrollo es un proceso de reformas incrementales destinado a modificar los aspectos secundarios de una situación político - social que en el fondo se quiere mantener. Esta es la matriz conceptual de donde parte el enfoque del desarrollo modernizador que no cuestiona el fundamento mismo y la razón de ser de los ordenamientos socio - económicos tradicionales. Esta no es nuestra concepción. Por el contrario, como he señalado anteriormente, para nosotros el desarrollo es un proceso revolucionario y pluridimensional que transforma las relaciones de poder político, económico y social.

El hecho de que tal proceso parta de situaciones concretas históricamente determinadas y, por tanto, diferentes en cada escenario histórico social, obliga a considerarlo distinto y singular en cada uno de los escenarios específicos en donde se desenvuelve. En consecuencia, tal proceso habrá de conducirse de acuerdo a orientaciones diferentes en cada uno de los lugares del mundo en donde ocurra.

Las implicaciones políticas de largo alcance de un enfoque como el nuestro, son muy claras; significan, en el fondo, que cada proceso de desarrollo, vale decir, cada proceso revolucionario, será diferenciable, habrá de obedecer a condicionamientos y a determinantes históricos de alta singularidad, tendrá en cada país un rumbo diferente, habrá de responder a distinguibles y plurales orientaciones ideológicas y políticamente se expresará de manera distinta de acuerdo a las distintas coordenadas históricas que diferencialmente enmarquen su ocurrencia.

Consecuencia inmediata de este planteamiento es el rechazo a la idea de una sola verdad revolucionaria en el mundo. Hay verdades revolucionarias, lo cual es bastante diferente. Pero nadie puede aspirar al monopolio de la razón que fundamenta y da sentido a las luchas sociales de los pueblos. No hay, por tanto, tampoco una sola vía de construcción revolucionaria, sino caminos diferentes que cada revolución debe seguir con absoluta independencia de cualquier centro de poder político o ideológico extranjero.

En síntesis, si dispares realidades concretas de subdesarrollo generan procesos de desarrollo diferentes, éstos, entendidos como procesos revolucionarios, deberán ser distintos también y deberán, por tanto, responder a conceptualizaciones singulares. Y estas, para ser eficientes e históricamente válidas, tendrán que ser, antes que nada, autónomas en el plano de la teoría, para poder constituir el fundamento de una acción revolucionaria genuina y plenamente independiente, vale decir, creadora y también autónoma.

Todo lo anterior fundamenta la autonomía conceptual de la Revolución Peruana. Nuestro quehacer sustantivo en el Perú se orienta hacia la creación de un nuevo pensamiento que responda a las exigencias derivadas de la crisis profunda que hoy viven todas las ortodoxias revolucionarias del pasado y que, al mismo tiempo, sea capaz de articular nuevas formulaciones teóricas y nuevas soluciones para la problemática fundamental de una nueva realidad nacional situada en el contexto de un mundo cambiante y en recomposición.

Nuestra posición se define en términos de un humanismo revolucionario para el cual la idea misma de humanidad —y, por tanto, la idea del hombre como hacedor social de la historia— es por entero inseparable de la justicia como

valor concreto de la vida social. Distinto por esencia de todos los planeamientos puramente abstractos, el humanismo revolucionario que hoy surge en el Perú construye su problemática central en torno a las cuestiones fundamentales y específicas de la justicia y de la libertad de los seres humanos concretos que luchan, que sufren, que trabajan, que defienden sus ideales, que rechazan la explotación y que viven los conflictos sociales como miembros de grupos, sectores y clases con intereses distintos dentro de la sociedad.

Para un humanismo así los valores de la justicia y de la libertad son inseparables y se suponen recíprocamente. Más aún, tal humanismo lleva en su esencia misma una irrenunciable vocación de lucha por la realización plena del hombre dentro de un orden de verdadera justicia social, que no puede existir mientras subsistan formas de dominación imperialista y formas de explotación que alienen y subyuguen a las sociedades y a los hombres. De allí la esencia política del humanismo revolucionario y su indeclinable posición de lucha contra el subdesarrollo y contra el imperialismo en cualquiera de sus formas.

Esta posición, que recoge el legado mejor de las tradiciones libertaria, socialista y cristiana, en lo que esta última tiene de renovador planteamiento social, representa la confluencia de las vertientes más ilustres del pensamiento revolucionario de nuestra tradición histórica y constituye el punto de partida de una nueva conceptualización político-social en el Perú. Ella tiene por finalidad edificar en nuestro país una democracia social de participación plena, es decir, un sistema basado en un orden moral de solidaridad, no de individualismo; en una economía fundamentalmente autogestora, en la cual los medios de producción sean predominantemente de propiedad social, bajo el control directo de quienes con su trabajo generan la riqueza; y en un ordenamiento político donde el poder de decisión, lejos de ser monopolio de oligarquías políticas o económicas, se difunda y radique esencialmente en instituciones sociales, económicas y políticas conducidas, sin intermediación o con el mínimo de ella, por los hombres y mujeres que las formen.

Tal es el ideal por el que hoy luchan los hombres del nuevo Perú, los constructores de nuestra futura sociedad. Esta Revolución es un proceso de larga duración, difícil, problemático. Ninguno de los sistemas político-económicos que imperan en el mundo es arquetipo de la Revolución

Peruana. Nos situamos revolucionariamente frente al falso dilema "capitalismo o comunismo", para intentar un rumbo cualitativamente nuevo que lleve a nuestro pueblo hacia formas de organización económica, política y social que, en esencia, muy poco tendrán que ver con las instituciones concretas que hoy definen la naturaleza específica de las sociedades capitalistas y comunistas del mundo contemporáneo.

Por lo tanto, no estamos proponiendo para el Perú una simple combinación de dos sistemas contrapuestos. Lo que en verdad estamos proponiendo es construir en nuestro país un ordenamiento social concebido en un plano totalmente distinto de fundamentos y de finalidades. Lo que queremos para el Perú no tiene relación cualitativa fundamental con los modelos históricos de aquellos sistemas que, por encima de sus ostensibles diferencias, comparten decisivas características concretas que la Revolución Peruana encuentra esencialmente recusables.

Este es el cuadro general de las ideas rectoras que norman el desenvolvimiento de la Revolución que está desarrollándose en el país que hoy día acoge fraternalmente a los representantes del Tercer Mundo. Nuestra posición internacional se basa en ellas y de ellas recibe su fundamental orientación principista.

El Perú confía en que esta conferencia alcance logros muy concretos que nos alejen para siempre del plano esencialmente estéril de los solos reclamos y las solas denuncias contra las grandes potencias. Todos sabemos muy bien cuan justa es nuestra protesta contra un sistema de relaciones internacionales que sólo beneficia a los países desarrollados. Todos conocemos la verdadera naturaleza de una "ayuda" internacional que succiona nuestra riqueza y, paradójicamente, nos convierte en exportadores de capitales con los cuales estamos, en realidad, subsidiando la expansión industrial de los sistemas económicos dominantes hacia las áreas menos desarrolladas del mundo. Pero nada verdaderamente importante vamos a ganar con sólo seguir denunciando lo que ya es bien sabido.

Mientras los pueblos del Tercer Mundo no cambiemos radicalmente de actitud ante nosotros mismos y ante los demás, nuestros problemas fundamentales continuarán irresueltos. Debemos abandonar el tono denunciatorio y de pedido que siempre ha caracterizado nuestros pronuncia-

mientos. Debemos convencernos que nadie va a resolver nuestros problemas sino nosotros mismos. Debemos asumir la más alta conciencia de nuestra propia responsabilidad en las grandes cuestiones que afectan a nuestros pueblos. Debemos encarar valerosamente nuestro indelegable papel de hacedores directos de nuestro propio futuro, sin responsabilizar a los demás por aquello de lo que somos realmente responsables. Y debemos, finalmente, comprender que, por encima de nuestras inocultables diferencias, hay razones profundas que imponen la necesidad de la unión realista y efectiva de las Naciones del Tercer Mundo.

El Perú considera que esa unión debe institucionalizarse para que pueda ser verdaderamente fructífera. Política y económicamente, no existe otra solución de largo alcance para nuestros más apremiantes problemas. Comprendemos que esto implica un proceso de larga duración. Pero, por eso mismo, debemos comenzar sin tardanza. Nuestro país propone que en esta conferencia se den los primeros pasos hacia la constitución de los organismos permanentes que tornen de veras efectiva una sistemática coordinación de las acciones que a partir de hoy emprendan los pueblos del Tercer Mundo para encarar sus problemas comunes.

Señores Ministros de Estado, Señores Delegados:

Los peruanos sentimos orgullo profundo de recibirlos en nuestra Patria. Nuestro pueblo les da la bienvenida. Nuestro Gobierno les saluda de modo fraternal. Y todos nos unimos en el deseo de que esta conferencia tenga éxito pleno. Pero creemos que ello dependerá de que todos seamos consecuentes con la causa y con la fe de los pueblos aquí representados. Todos, por eso, tenemos en esta conferencia una responsabilidad que ninguno de nosotros puede eludir. Que todos seamos dignos de ella es la esperanza del Gobierno Revolucionario del Perú.

Señores:

Declaro oficialmente inaugurada la Segunda Reunión Ministerial del Grupo de los 77.

Lima, 28 de Octubre de 1971.

Geral. Div. **JUAN VELASCO ALVARADO**
Presidente de la República

CENTRO DE DOCUMENTACION
CEDEP

Fecha 29 MAR. 1993

ISIS N° Base

UNMSM-CEDOC

OFICINA NACIONAL DE INFORMACION
Empresa Editora del Diario Oficial "El Peruano"

LIMA - PERU

UNMSM-CEDOC